

LOS ASTROS HABITADOS

CAPÍTULO I

ESTADO DE LA CUESTIÓN

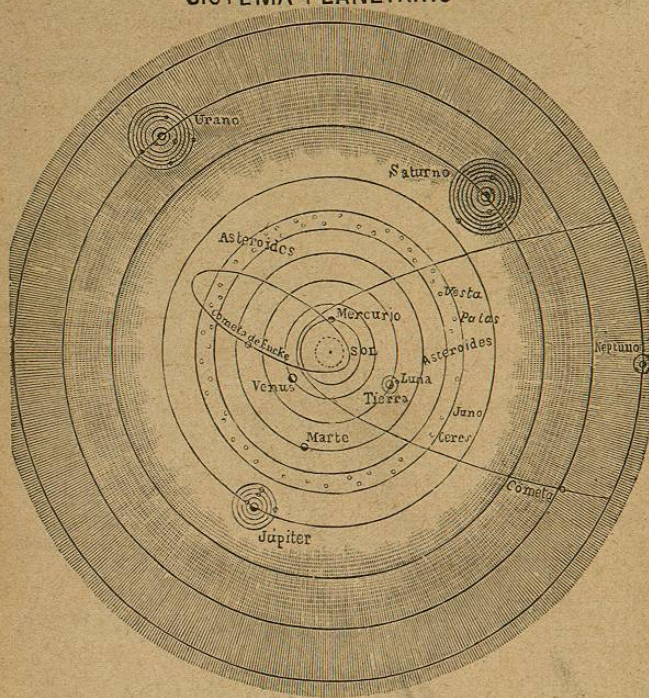
“El hombre está dotado de un ingenio curioso,, dijo uno de los más célebres filósofos de la antigüedad. El entendimiento del rey de la creación no encuentra barreras ni en el planeta que habita ni en los mundos que giran sobre su cabeza. Hablen si no esos célebres astrónomos que desde lo más elevado de sus torres de observación, con el teodolito y el telescopio en la mano, se pasean por entre nuevos soles y nuevas estrellas, y analizan sus propiedades, y miden sus distancias, y las agrupan en constelaciones, y les ponen nombre,

Ni las manchas solares, ni los anillos de Saturno, ni los fragmentos de los as-

teroides han podido evadir la escudriñadora mirada del hombre.

En el silencio de la noche, cuando las

SISTEMA PLANETARIO



antorchas del firmamento se ciernen majestuosamente sobre las cúspides de nuestras montañas y se reflejan en las azuladas aguas de nuestros mares, en-

tonces los sabios en vela les arrancan sus secretos.

No importa que las dos grandes lumbreras del día y de la noche ofendan nuestra retina. Vendrá un momento en que se eclipse su luz, y entonces, á pesar suyo, será minuciosamente examinado su disco.

Y como la Astronomía es la más hermosa y vasta de todas las ciencias, la más sublime, la emancipadora por excelencia del pensamiento humano, en el verdadero sentido de la palabra, los sabios que á ella se dedican son transportados por encima de las vulgaridades de acá abajo, y, rodeados de tanta magnificencia como ven desplegarse en el Universo, no pueden menos de dar vuelo á su imaginación y entretenerse en dulces y suaves coloquios con aquellos luminosos globos, entre los cuales late su corazón.

Así lo hacía nuestro nunca bastante-mente ponderado poeta Fray Luis de León en aquella fluida y dulce composición que empieza:

Quando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado;
Y miro hacia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado...

El poeta, en presencia del cielo estre-
llado, rompe el nudo mortal que embar-
ga el alma y los sentidos, y en el apogeo
de su místico entusiasmo, exclama:

¿Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Con este gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
Quién mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternos,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporción concorde tan iguales;
La Luna cómo mueve
La plateada rueda, y va en pos della
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue reluciente y bella;
Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benigno
De bienes mil cercado
Serena el cielo con su rayo amado;

Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro.
¿Quién es el que esto mira
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra?
.....
.....

Sin embargo, hemos de confesarlo: to-
davía, á pesar de sus estudios, de sus
cálculos y de sus observaciones, no ha
podido el hombre establecer á ciencia
cierta la siguiente proposición: "*Existen
otros mundos habitados por seres racionales
semejantes á nosotros*".

Hay no obstante, además de la certe-
za metafísica, la certeza moral, obteni-
da á veces por un cúmulo tal de razones
de congruencia, de deducciones y de ar-
gumentos fundados, que arrastrado el
entendimiento por la fuerza de la lógi-
ca, no puede menos de inclinarse deci-
didamente hacia lo que le parece ver-
dadero.

Por esto, aun cuando no podamos al presente formular la anterior tesis con certeza metafísica, podemos sin embargo formularla, y así la formuló, con certeza moral.

Pero ¿es nueva esta cuestión de los mundos habitados?

Ciertamente que no.

Hace más de dos mil años decía Lucrecio: "Todo este Universo visible no es único en la naturaleza, y debemos creer que hay en otras regiones del espacio otras tierras, otros seres y otros hombres,,. Y en otra parte añade: "Si las innumerables ondas creadoras se agitan y conmueven bajo mil formas varias al través del océano del espacio infinito, ¿no habrían de producir en su lucha fecunda más que el orbe de la Tierra y su bóveda celeste? ¿Creeríase que, más allá de este mundo, tan vasta aglomeración de elementos esté condenada á un ocioso descanso? No, no; si los principios generadores han dado el sér á masas de donde salieron el cielo, las aguas, la

tierra y sus habitantes, es preciso convenir que en el resto del vacío los elementos de la materia han producido un sinnúmero de seres animados, de mares, de cielos, de tierras, y sembrado el espacio de mundos semejantes al que se balancea bajo nuestros pasos en las olas aéreas,, (1).

Proclo conservó unas palabras de Orfeo, que decían: "Dios edificó una tierra inmensa que los inmortales llaman Selena y que los hombres llaman Luna, en la cual se elevan gran número de habitaciones, de montañas y de ciudades,,.

Thales, institutor de la secta jónica, creía á las estrellas formadas de la misma sustancia que la Tierra; y sus sucesores inmediatos, Anaximandro y Anaxímenes, enseñaron la pluralidad de mundos, doctrina que más tarde fué difundida por Empedocles, Aristarco, Leu-sippo y otros.

La pluralidad de mundos fué defendi-

(1) Lucretius, *De Natura Rerum*, libro II, versículos 1051-1075.

da por Bailly como digna del Autor de la naturaleza ⁽¹⁾; por Anaxágoras, como creencia filosófica ⁽²⁾; por Xenófanés, fundador de la escuela de Elea ⁽³⁾; por Petronio de Himera, en Sicilia ⁽⁴⁾; por Epicuro y la mayor parte de sus adeptos. Y si hemos de creer á Plutarco ⁽⁵⁾, esta opinión, muchos siglos antes, había llegado ya hasta el mar de las Indias.

Bien sabido es lo que se cuenta de Alejandro Magno, cuando diciéndole Anaxarco que había tantos mundos, se entristeció por no haber podido él ocupar más que uno con su gloria.

Pasemos á la Edad Media.

(1) *Histoire de l'Astronomie ancienne*, pág. 200.

(2) Anaxágoras habla sobre todo de la habitabilidad de la Luna, como puede verse en Plutarco, *de Placitis Philosophorum*, libro II, cap. XXV.

(3) Diógenes Laertius, *in vita Xenophanis*; Cicero, *Acad. Quæst.*, libro II.

(4) Petronio de Himera escribió un libro en el cual sostenía la existencia de 183 mundos habitados.

(5) Sobre todo la opinión de los 183 mundos habitados, como puede verse en Bonamy, *Mémoire adressé à l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, edición en 12.º de las Memorias, tomo XIII, 1741.

Galileo, en su *Systema cosmicum*, osó preguntar públicamente: ¿hay en los demás mundos seres como en el nuestro? ⁽¹⁾.

En Francia, el consejero real, Pedro Borel, escribió un curioso tratado sobre la pluralidad de mundos, examinada bajo el punto de vista de la ciencia de aquella época ⁽²⁾.

En Inglaterra, Francisco Gowin publicó una obra que lleva por título *El hombre en la Luna*.

Milton, en sus raudos y ligeros vuelos, no pudo abstenerse de echar una mirada á esos mundos desconocidos, en los que otras parejas humanas, como acá abajo, deben respirar el aire de la vida.

Fontenelle dedicó un libro á la marquesa de Mésengère, bajo el título de

(1) *Systema cosmicum*, Diál. 1.

(2) Este tratado no vió la luz pública, y llevaba este título: *Nuevo discurso probando la pluralidad de mundos; que los astros son tierras habitadas, y la Tierra una estrella; que la Tierra está fuera del centro del mundo, en el tercer cielo, y gira delante del Sol que está fijo, y otras cosas muy curiosas*.

Conversaciones sobre la pluralidad de mundos, el cual fué recibido con gran entusiasmo hace más de 180 años.

Diez años después de la aparición del libro de Fontenelle, el astrónomo Huygens, casi septuagenario, escribió su *Cosmothéoros*, obra póstuma, en la cual enseña la astronomía planetaria y muestra en qué condiciones deben hallarse los habitantes de cada planeta en la superficie de sus mundos respectivos.

En el siglo XVIII son innumerables los escritores de todo género, filósofos y poetas, que cantaron la grandeza del Universo y la magnificencia de los mundos habitados.

Sí; nuestra creencia está muy lejos de ser nueva, dice el célebre Camilo Flammarión al tratar esta materia; es venerable por los años que la han madurado; es respetable por no pocos nombres gloriosos que la han defendido.

Sin embargo, si queremos ser ingenuos, no podemos negar que en las famosas escuelas teológicas que precedieron al siglo XIX, no se agitaba ni an-

daba en boga la cuestión de la habitabilidad de los astros. Apenas si encontramos alguno que otro teólogo que siquiera indirectamente se haya ocupado de este asunto. Ni aun el Angel de Aquino, que en su *Suma Teológica* y en su obra *Contra Gentiles* habla de *omni re scibili*, apunta idea alguna relativa á esto. Y mientras tiene magníficos artículos sobre la creación de Adán y Eva, sobre el Paraíso terrenal y su sitio, su longitud y su anchura, sobre la época y el día de la creación del mundo, y otras curiosas y eruditas cuestiones, no deja de llamar la atención que no dedique alguna página á la comparación de este nuestro mundo con otros mundos, de nuestras plantas con otras plantas, de nuestros elementos con otros elementos, de los habitantes del planeta Tierra con los habitantes del planeta Marte, ó de Júpiter, ó de otros innumerables astros.

¡Lástima grande que Santo Tomás no tocara este asunto! Él, que con su vasto y sublime ingenio penetró todos los se-